

ESTUDIOS DE VIAGES.



Tipos de Ajaccio.

AJACCIO.

LA CAPITAL DE LA CORCEGA.

La capital de la Córcega pudo muy bien haber sido fundada por los servios, que le dieron el nombre de Ajas. Pudo haber sido, segun otros, bajo la dominacion romana un sitio célebre por la fabricacion de vasos, lo que la hizo llamar entonces *Urcinum*; pero lo cierto es que en nuestros dias no ha quedado en pie monumento alguno que atesti-

SEGUNDA SERIE.—1855.

que la antigüedad de este origen, no quedando tampoco restos del paso de la edad media por aquella ciudad. Ajaccio se encuentra desprovisto de esos torreones, de esas viejas murallas que dan á la mayor parte de nuestras ciudades del continente una fisonomía tan pintoresca y tan característica segun las épocas cuyo sello llevan puesto. La capital de la Corcega no es, pues, mas que una aglomeracion de casas mas ó menos regulares, y el suelo sobre que están edificadas no tiene tampoco en sus movimientos ó inclinaciones nada de particular. Se entra en la ciudad por una

AÑO XIII. 29

calle que, sin embargo, tiene cierta elegancia por estar en ella la casa del general Sebastiani, ese gran general compañero de Napoleón; el teatro y la casa de la prefectura. Hay naranjas por todas partes. Los árboles mismos que adornan dan sombra á esta calle, llevan la manzana de oro de las Hesperidas, y es preciso convenir que esta vegetación, que es la de las regiones tan poéticas de la Grecia y de la Italia, embellece mucho el aspecto demasiado vulgar é insignificante de las casas. El testimonio de un hermoso clima que vive eternamente, encanta tanto la vista como los ruinosos restos de una pasada grandeza con tal que estas calles y estos jardines de naranjos no nos guíen á un grupo de edificios administrativos, cuarteles, liceo, hospicios, cuya monótona arquitectura es el carácter distintivo de la capital de la Córcega. Sin embargo, cuando las bellezas rústicas y naturales aparecen mas allá de las plazas públicas, resultan vistas admirables, y por prueba damos aquí un dibujo de la plaza de la alcaldía, en medio de la que se levanta una inmensa fuente muy pobre de agua, pero muy ricamente guarnecida de figuras que á todas horas del día animan el cuadro de la manera mas feliz, y cuya masa, pintada de varios colores, forma un vivo contraste con los tonos azules vaporosos, y las montañas que se destacan en el fondo del cuadro. Esta plaza da motivo á una prolongada contemplación, ya sobre el movimiento del puerto, ya sobre los ricos juegos de luz que ofrecen las montañas y el cielo, ya sobre la bella estatua colosal de Napoleón debida al cincel del ilustre escultor Florentino Bartolini. Este sitio de la campaña de Ajaccio llamado *Campo del Oro*, se parece bajo muchos aspectos á la célebre bahía de Nápoles.

Pocas ciudades y aun aldeas hay sobre nuestro continente cuyas iglesias no sean monumentos dignos de alguna atención. Ya sea en la fachada, ya sea en el interior, encuéntrase siempre en ellas alguna huella del arte. Así ordinariamente la primera visita de los artistas y de los viajeros son las iglesias. Siguiendo esta costumbre tan bien motivada, al llegar á Ajaccio dirigimos nuestros pasos á la catedral. Este monumento, construido con el mal gusto italiano que dominaba á fines del siglo XVI, á pesar de sus mármoles, y de sus cuadros bastante buenos, nos llamó menos la atención que las gentes que allí había reunidas para oír misa.

En la iglesia, verdadero templo de la igualdad, el rico y el pobre, el grande y el pequeño, el feliz y el desgraciado, el terciopelo y los harapos se tocan, se mezclan, se confunden. Hay en esto un ancho campo para las observaciones artísticas y filosóficas de que ámpliamente nos aprovechamos con la esperanza de que Dios nos perdonaría las distracciones causadas por el arte en un sitio consagrado á la oración. Cuando salimos de nuestro país creemos que vamos á encontrarnos en medio de cosas enteramente nuevas, y entre las particularidades nuevas que esperamos observar, los tipos de la raza humana nos interesan mas que las montañas, que las plantas ó los animales.

Así la reunión de los fieles en la catedral de Ajaccio, no nos ofrecía menos variedad de tipos humanos que los hubiera podido ofrecer la Iglesia de San Pedro de Roma ó las catedrales de París, Málaga y Sevilla. Sin embargo, sin ser demasiado perspicaz, era bastante fácil distinguir un carácter fisionómico dominante en aquella población. Consiste en una bella regularidad de facciones, en un color moreno, y sobre todo en lo bajo de las cejas. En las seis

cabezas que del natural copiamos, y cuyo dibujo damos aquí, cuatro llevan evidentemente este carácter. El rostro del hombre es un retrato del dueño de la fonda donde fuimos á parar, verdadero tipo del carácter corso. La cabeza que hay debajo de él á la derecha, no pertenece á la misma raza. Cuando la vimos viva nos hizo ver todo el lindo partido que puede sacarse de un simple pañuelo para un peinado, y con la esperanza de transmitir nuestra agradable impresión á nuestras lectoras, publicamos nuestro dibujo. El objeto colocado en la mano de este dibujo, es una muñequita de pasta de harina llevando los sellos producidos por un molde con cierto carácter de antigüedad. Este juguete de niño, que es á la vez un pastel ó bollo, podría ser muy bien un objeto digno de la atención de los arqueólogos.

Entre los grupos de rostros presentados aquí y recogidos en la catedral de Ajaccio, la figura situada en el medio de la parte superior, pertenece menos que las otras á un tipo local. Es el traje de las artesanas acomodadas con su velo de encaje negro y su pañuelo á la cabeza como las vizcainas; pero esas facciones tan finas, esos ojos tan tiernos, esa expresión de melancolía y de súplica recuerdan las vírgenes de Rafael, y de ningún modo los robustos tipos de la Italia.

En el Mediodía de la Europa, á la naturaleza solo hay que pedirle inspiraciones poéticas. Así abandonemos la ciudad y los habitantes; dirijamos nuestros pasos hacia la colina cubierta de olivos que se levanta algunos centenares de pasos al Norte de la ciudad de Ajaccio. En medio de aquellas ramas tan afiladas del árbol de Minerva en medio de una masa de mirtos y de enredaderas, crece y se alza por todas partes ese singular vegetal, planta ó árbol, tallo ó hoja anormal que la ciencia llama *cactus opuntia*, y que se conoce bajo el nombre vulgar de higuera de Berbería. Los campos de Ajaccio parecen ser la patria primitiva de este cactus. Tanto se ven de ellos por todas partes, tan poderosa es su vegetación sobre aquel suelo de granito. Damos un dibujo en el que se ven varias jóvenes cogiendo hijos del cactus, y por el que se podrá formar una idea de la altura inmensa de esta planta.

No podíamos estar en Ajaccio sin ir á visitar la casa en que nació y pasó su infancia y juventud el gran capitán del siglo Napoleón. Nos dirigimos á ella para ver las cuatro paredes que le vieron nacer. Sobre un espacio de terreno igual sombreado de acacias, se ve la fachada de esta casa con tres pisos con seis ventanas diferentes. Un patio en el interior dominado por un largo corredor en el piso principal. La escalera es muy sencilla. El principal piso está ricamente amueblado y ofrece la distribución propia para una grande representación. Estaba destinado en épocas de gloriosa memoria á ser el eco de las magníficas funciones de las Tullerías. El retrato de su augusto amo, se ve aun allí cubierto del arminio imperial coronada su frente. Nos hicieron subir al piso segundo en una habitación de ordinaria extensión, en cuyo fondo había una alcoba. Allí salió al mundo Napoleón. ¿Podríamos decir todos los pensamientos que se agolparon á nuestra imaginación, todas las emociones ó mas bien las brillantes visiones que se presentaron á nuestros ojos? Tanto valdría querer abarcar el globo con una sola ojeada, personificar todas las naciones civilizadas en un solo hombre. Encerrar en un recinto de algunos pies sus insignias de victoria, sus carros de triunfo, tanto valdría reunir allí los reyes y potentados de la Europa conquis-

tada de rodillas, nuevos reyes magos en torno de una cuna. | cruzando las inmensidades del Océano, fué á detenerse en
Nos alejamos de la casa imperial de donde habia salido | la árida roca de Santa Elena, adonde la Europa habia en-



Recolección del fruto de la higuera de Berberia en Ajaccio.

el genio de la guerra y nuestra imaginación, después de | cadenado al nuevo Prometeo, al niño ante cuya cuna
haber reposado un momento en el palacio de las Tullerías, | acabábamos de descubrir respetuosamente nuestra cabeza.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

LOS DOS HERMANOS.

CRÓNICA DEL SIGLO XVI.

I.

Cuando el luteranismo, nació en Alemania, vino á ha-
cer irrupción sobre el mundo cristiano, el cristianismo se

levantó á toda su altura, para oponerse á la invasión. Pri-
mero fué una guerra de palabras, y los campeones se ar-
maron de proposiciones y contraproposiciones; pero no
tardaron la pluma y la palabra en verse reemplazadas
por el morrion y la espada, la tinta se convirtió en sangre,
y la lucha se organizó. Fué una guerra encarnizada, guer-

ra de creencias, sin piedad ni perdon. Las distinciones nacionales, los enconos de pueblo á pueblo desaparecieron: ya no habia francés ó inglés, alemanes ó daneses, españoles ó flamencos; no hubo mas en el centro de la Europa, ardiente hoguera donde se encendia esta gran contienda, que dos naciones, catolicismo y reforma, dos pueblos, católicos y protestantes. Desde las cimas de los montes Krappachs á las orillas del Atlántico, desde los Alpes al Báltico todo se conmovió, todo se arruinó; y el gran drama religioso tuvo una escena en todos los ángulos del cuadro de las naciones civilizadas, excepto en la España, que permaneció firme en sus creencias.

A esta época es menester referirnos. Nos suponemos en el 1.º de marzo del año 1362 en un viejo castillo de los Países-Bajos, á algunas leguas de Gante. El sol pálido que ha alumbrado todo el dia, acaba de despedir sus últimos rayos de luz, y alumbra muy débilmente una espaciosa sala de aquel castillo gótico. En ella están rezando una mujer y un jóven, ambos de rodillas sobre las baldosas.

—Dios mio, dijo la madre, cuya oracion, mental al principio, se formulaba en fin en alta voz: Cristo, Divino Redentor, ten piedad de una pobre madre, enferma y afligida. Echa una mirada de misericordia sobre su hijo mayor, Alberto de Guzman, y no le abandones en tan peligrosos tiempos.

—¡Amen! respondió el jóven arrodillado al lado de su madre.

—Tú, sabes, Divino Salvador, que nunca he desertado yo de tu creencia, ni he faltado nunca á la observancia de tus preceptos santos; no ignoras con el esmero que he sembrado la moral en el corazon de mis hijos, como el menor que está presente, Juan de Guzman, ha aprovechado... Pues bien, por todo esto, yo te pido, ó Dios mio, no permittas que mi Alberto entre en los caminos de perdicion; que lo traigas al lado de su madre, firme é imperturbable en su fé, y separarlo del trato de los reformistas, con que sospecho se acompaña.

—¡Amen! respondió tambien Guzman rezando con fervor, levantándose despues de haberse persignado. ¡Dios haga que no tengais nunca que maldecir á mi hermano!

—¡Oh! lo presiento, replicó la madre despues de haberse sentado; conozco que no tendria ánimo para maldecirlo... y sin embargo, ¿cual es su conducta hace tres meses!

—Todavía no es mas que una presuncion, madre.

—En vano querrias restituir la calma á mi corazon con tus palabras consoladoras, Juan; una madre no se equivoca, sabe adivinar lo que un hijo la oculta. Despues de todo ese tiempo que te he dicho, ¿has visto tu á Alberto permanecer mas de un dia con nosotros? ¿Cómo explicas tú esas largas ausencias y ese aire sombrío y taciturno cuando vuelve á sentarse á nuestro hogar?

—Quizás un pensamiento secreto...

—Sí, sin duda, Juan; si, un pensamiento de heregia y de rebelion, eso es lo que le ocupa. ¿No recuerdas que el mensajero del conde de Egmont se ha detenido en esta morada y no hace un mes que ha tenido con Alberto una conversacion larga y secreta? ¡Oh! esto es demasiado cierto! añadió entregándose á todo su dolor, y no sé si la inquietud no es en mi corazon mas fuerte que la indignacion. Perdon, ¡Dios mio! no deberia decir esto; pero soy madre...

La puerta se abrió de improviso, y entró un jóven embozado en su capa.

—¡Alberto! exclamó la señora de Guzman dando un grito.

—¡Hermano mio! dijo Juan que se apresuró á encender un cirio.

Apenas la luz se hubo esparcido en la habitacion, cuando Juan y su madre exclamaron aterrorizados: habian fijado la vista en Alberto. El desgraciado jóven, alterada la respiracion y fatigado se habia dejado caer sobre una silla; su rostro estaba pálido y contraído y sus ropas en desorden y sus manos teñidas de sangre.

—¡Un vaso de agua, hermano! ¡un vaso de agua! fué su primera palabra.

Juan, evidentemente turbado se apresuró á satisfacerle.

—¡Está herido! exclamó la señora de Guzman, luego que hubo recobrado el uso de la palabra.

Y se precipitó hácia su hijo para socorrerle; mas éste la separó con amabilidad.

—¡No, madre mia: no, gracias al cielo! me he salvado de la horrorosa carniceria; estoy sano y salvo á despecho de los asesinos y de los verdugos.

—¿Qué quieres decir, Alberto?

—¿Qué ha pasado, hermano?

—¡Una mortandad execrable que se escribirá en la historia con caractères de sangre!.... Algunos protestantes, madre mia, hombres de paz y de devocion, estaban reunidos en un granero, al fin de un arrabal de Gante; estaban recogidos rezando y el oficio se celebraba, cuando de pronto suenan clarines, es el duque de Alba... ¡Cobarde!... que pasaba escollado por una tropa de pisaverdes y de donceles... ¡Estos abortos del infierno se atreven á insultarnos!...

—¿Tú estabas con ellos, hijo mio? exclamó de pronto la señora de Guzman, con voz profundamente conmovida.

—Con ellos estaba, madre mia, respondió Alberto poniéndose en pie y tomando poco á poco animacion su semblante; estaba con ellos y no me pesa....

Su madre escondió su cara entre sus manos, mientras que Juan escuchaba temblando la relacion de su hermano.

—¡Eran trescientos por lo menos los verdugos! Todos armados... Nosotros eramos sesenta, sin armas y rezando. ... Se han arrojado sobre nosotros. Despues de las injurias han pasado á los golpes y los asesinos han degollado á todos nuestros hermanos, ¡sin piedad ni misericordia!... Dos somos solamente los que escapamos de la mortandad. ¡Oh! ¡duque de Alba! la sangre quiere sangre; con esa carniceria has encendido una guerra terrible en los Países Bajos.

—Me haces estremecer, hijo mio, con esas palabras amenazadoras.

—¡Oh! ¡si lo hubieseis visto, madre mia! ¡Era Herodes de gollando los inocentes!...

—Era Jehu, señor, era Jehu santificando sus manos en la sangre de los impios! respondió la madre, que tambien se habia puesto en pie.

—¡Son mártires! ¡Pobres hermanos! ¡mártires de una religion nueva!....

—Así, señor, continuó la señora de Guzman con voz trémula, ¿habeis abandonado la fé de vuestros padres?

—¡La he abandonado!....

—Marchad, pues, señor, dejad esta casa que no debe servir de abrigo á un herege... Marchad, yo os maldi...

—¡Piedad! ¡madre mia! para vuestro hijo, exclamó Juan poniéndose de rodillas, no acabais de pronunciar esa funesta palabra..... ¡Piedad para mi hermano!

La desgraciada madre cayó de nuevo sobre la silla inundada de lágrimas.

—Mañana al romper el día habré dejado esta casa, de la cual se me espulsa. ¡Adios, madre! dijo Alberto, que hacia varios esfuerzos para dominar su agitacion.

Dió algunos pasos para salir, mas al llegar al umbral de la puerta se detuvo y pareció dudar un instante; después precipitándose á los pies de su madre, cogió su mano y la besó rompiendo en sollozos. Alberto se levantó, atravesó la sala con paso firme y al salir

—¡Marcharét dijo Alberto.

—¿Tomarás las armas en favor de los protestantes?

—Sí, Juan.

—Tengo diez y siete años y mañana me alisto en el partido católico.

—Haga Dios que no nos encontremos uno enfrente del otro y con las armas en la mano.

—Así sea.

II.

Los protestantes de los Países Bajos rebeldes al gobierno de Felipe II, se habían declarado contra el duque de Alba, gobernador de aquellos estados, y entregádose á los mayores excesos contra los católicos. Dos meses han trascurrido apenas desde la escena del precedente capítulo, y muchas ciudades han caído en poder de los protestantes y otras muchas reconquistadas por los católicos.

Toda la guarnicion de una ciudad pequeña de Bélgica, recientemente tomada por los luteranos, ha sido reunida en la plaza principal y parece esperar la llegada de un jefe. Un hombre de cerca de cuarenta años se presenta en fin acompañado de un jóven á quien da el brazo familiarmente. Este hombre es el baron des Adrets, guerrero de corazón duro. Su llegada á la plaza fué recibida con aclamaciones; recorrió las filas de los soldados hablando á unos y á otros; después volviendo donde estaba el jóven que le acompañaba.

—Alberto, le dijo, todo va bien, nuestras tropas han tomado algun descanso, y en el tiempo presente no se permanece mucho tiempo sin pelear. Voy á marchar, he sabido que el duque de Alba que ocupaba á Amberes acaba de subir hácia el Norte. Voy á interceptarle el camino....

—¿Pero estais bien cierto, capitán?

—¿Si estoy bien instruido del itinerario?... perfectamente. Mientras mi querido teniente dormía esta noche, la ronda nos ha hecho una presa, un jóven teniente del de Alba, un doncel sin barba ni bigote. Bajo mi promesa de dejarle la vida me ha revelado el secreto de la marcha de su jefe.

—¿Y el jóven, el teniente? preguntó Alberto.

—El jóven, señor Alberto? replicó el baron de Adrest con una sonrisa algo espresiva, mantendremos la promesa que le hemos hecho... Le hemos prometido la vida, se la dejaremos durante ocho días.

—¿Y pasado ese tiempo? preguntó el teniente con interés.

—Trascurrido ese tiempo veremos si no nos ha engañado, y entonces tomando su traicion por un buen arrepentimiento publicaremos sus servicios entre los católicos. Por último, señor Alberto, ved aquí un papel que contiene mis instrucciones. Quedais con mis plenos poderes en esta ciudad durante mi ausencia, mas si os aconteciese quebrantar mis instrucciones os trataré como católico á fè de caballero por mas buen luterano que seais.

Vamos, continuó dirigiéndose á los trompetas, tocad una llamada para anunciar la marcha.

La órden fué ejecutada en los cuatro ángulos de la plaza y durante una hora estuvo la ciudad entregada á la ruidosa agitacion que acompaña siempre una marcha militar. Al cabo de este tiempo calmó el ruido y cesó la agitacion poco á poco, y el teniente del baron de Adrest se encontró solo al frente de cien hombres y encargado de la defensa de la plaza.

Luego que hubo colocado los centinelas y establecido órden sobre la muralla, Alberto trató de abrir el papel que contenia las instrucciones del baron. Este papel contenia órdenes para la seguridad de la plaza, consejos en caso de sorpresa, y en fin, el mandato de interrogar al prisionero, saber su nombre, que el capitán no habia pensado en preguntarle y tenerlo bien custodiado temiendo no se escapase.

—Os trataré como católico aunque sois buen luterano, se dijo Alberto cuando estuvo solo.... Estas son sus palabras.... ¿El lobo cervat querrá dos presas en lugar de una?... ¿Por qué tendrá interés por este prisionero? ¿por un cobarde que hace traicion á su partido, que vende los secretos de su jefe? ¿No, no hay piedad para un cobarde de cualquier partido que sea!... Ejecutemos nuestras órdenes y examinémosle.... ¿En cuanto al capitán, por el Eterno, juro separarme de él en la primera ocasion!... La sangre derramada en un combate es una necesidad de la guerra; mas la que derrama el verdugo ofrece un espectáculo demasiado molesto.

En medio de estas reflexiones llegó á la casa principal de la ciudad donde el capitán y él debían alojarse.

—¡Larchaux! dijo dirigiéndose á un lancero de guardia á la puerta, que hagan venir al prisionero detenido esta noche.

Entró en una gran sala que servia de locutorio y habiendo hecho salir á cuantos allí se hallaban esperó la llegada del católico.

La puerta se abrió muy pronto y volvió á cerrarse después de haber entrado un jóven cuyo aspecto noble y guerrero no traía señal alguna de inquietud ó de temor. Alberto estaba sumido en sus pensamientos y la entrada del jóven no le habia distraído; no levantó, pues, la cabeza y guardó silencio. El primero pareció impacientarse.

—Estoy en vuestro poder, señor, dijo; ¿qué mandais?

—Hermano, exclamó Alberto que se levantó de pronto y retrocedió algunos pasos como aterrado.

—¿Alberto! dijo Juan lleno de la misma sorpresa.

Sin proferir una sola palabra ambos quedaron inmóviles mirándose fijamente. La mas violenta agitacion se leia en sus facciones, pero era imposible saber qué sentimiento la hacia nacer. Un momento hubo lucha en su corazón, un solo momento. El odio de partido se olvidó, el hermano fué preferido al enemigo, y se arrojaron en los brazos uno de otro.

—Hermano, exclamaron á un tiempo apretándose las manos.

Después sucedió un momento de silencio.

—¡Dios no nos ha escuchado, Alberto, nos ha puesto en esta situacion como enemigos!

—¡Es verdad, Juan!

—Pues bien, es menester someternos á su voluntad, hermano mio, soy tu prisionero...

—¿Qué me recuerdas?

—Tu deber.

—Oh desgraciado hermano, si no hubieses olvidado el tuyo no estarías aquí en este momento en presencia de tu hermano; que tiembla por tí...

—¿Qué quieres decir?

—¡Oh! Juan, no me fuerces á recordarte una cosa vergonzosa... tú has hecho traición á los tuyos descubriendo los secretos del duque de Alba.

—¿Y tú también, Alberto, tú puedes pensar que Juan de Guzman se ha manchado con una vileza?

—¿Luego no es cierto?

—¡No es cierto!... solo estoy aquí en virtud de las órdenes del duque de Alba, solo he hablado por su orden; se necesitaba alguien que arriesgase su vida para ejecutar esta comision, y yo lo he hecho.

—¡Oh! ¡Dios mio! exclamó de pronto Alberto... ¡comprendo cual era el interés que anticipadamente me inspiraba el prisionero! ¡Pobre Juan!... Sí, sí, tú dices verdad... mas es menester salvarte... ¡Oh! no conoces la crueldad del baron des Adrets... no tendrá piedad, ni de tu juventud ni de tu valor... es menester que yo te salve.

—Será imposible, hermano, replicó Juan perdiendo poco á poco el aire severo que habia tomado. Salvarme seria perderte, y yo no lo consentiré. Tu gefe, tan cruel como el mio, no conoce la piedad, y aun cuando la conociese no soy hombre capaz de implorársela... Me ha prometido la vida...

—Mentira.

—Y si yo no le engañase...

—Pero le has engañado.

—Sí...

—Infeliz, solo te quedan ocho dias de vida, replicó Alberto con los ojos llenos de lágrimas. ¡Oh! pero no, tú marcharás hoy... yo te facilitaré los medios...

—Sufriré la suerte que me espera, hermano; además, ¿quién sabe si de aquí allá el duque de Alba, vencedor, no me habrá salvado?...

¡Oh! mas si tú puedes procurarme los medios de salir de esta plaza por algunos dias, te lo suplico, mi hermano querido, porque tú lo eres siempre, permíteme ir á abrazar á nuestra madre... aunque sea un instante... despues vuelvo á morir.

—Nuestra madre... Juan... nuestra madre. ¡Oh! cuántas lágrimas ha debido derramar pensando en mí...

—Si quisieras, Alberto, te era fácil consolarla...

—¿Cómo?

—Abandonar tu partido... venir conmigo y arrojarte en sus brazos diciéndola, madre mia, abjuro mis errores.

—¿Una vileza! irás solo... al instante. ¿Larchaux? continuó llamándolo. Es un hombre de mi devocion de quien nada temo. ¿Larchaux?

El soldado entró.

—Este prisionero es mi hermano, Larchaux, quiere ir á abrazar á nuestra madre antes de...

—Antes de morir; ¿por qué no concluyes la frase, hermano?

—¿Quieres ganar mi amistad y dos monedas de oro? dijo Alberto al soldado enjugándose una lágrima.

—La amistad solamente... Guardad el oro. ¿Qué hay que hacer?

—Conducirlo á la poterna sin ser visto.

—Venid.

Los dos hermanos se abrazaron antes de separarse, y

cuando Juan estuvo á punto de partir, Alberto le detuvo:

—Hermano, le dijo con voz llorosa, vas á ver á nuestra madre tú que no has sido expulsado... abrázala una vez pensando en mí, y háblala si puedes sin irritarla de un hijo que ha maldecido... pero que la ama siempre... ¡Adios; ¡adios! Cerró rápidamente la puerta, y volviendo á sentarse ocultó su rostro en sus manos, y permaneció largo tiempo en esta postura.

Una hora despues Juan salia por un lado de la ciudad, en tanto que por la puerta opuesta sonaban las trompetas y el rumor anunciaba la llegada de su tropa. Se vino á dar aviso á Alberto, que pensando en la falsa noticia de la retirada del duque de Alba, creyó que los católicos hacian una tentativa de asalto, y se preparó para defenderse hasta morir. Era una falsa alarma; la causa del ruido era la vuelta del baron des Adrets. Estaba furioso.

—He sido engañado, exclamó luego que vió á Alberto. El mozalvete que hemos cogido es un embrollon, y sin un buen aviso que me ha dado un religionario de la provincia, la plaza desguarnecida hubiera sido tomada por asalto durante la noche... Por Satan, quiero que esa lengua que ha mentido sea cortada al instante. Que el verdugo caliente sus lieros.

Al oir estas palabras pronunciadas por el baron irritado, cuyos ojos lanzaban llamas, Alberto se sintió desfallecer. Mas recobrando pronto su energia, y bajo pretexto de dar algunas órdenes, buscó á Larchaux.

—Corre en pos de mi hermano, dile que se oculte y no vuelva nunca aquí... que le importa la vida... vé...

Larchaux partió corriendo, y Alberto volvió al lado de su gefe, que lo llevó con paso rápido á la sala locutorio.

—¡Mi prisionero! exclamó dando un puñetazo en una mesita, que partió del golpe; ¡mi prisionero!... Hoy quiero hacer de verdugo y cortarle yo mismo su lengua perjura.

El baron estaba poseido de uno de los mas violentos accesos de cólera; la sangre inflamaba sus ojos y enrojecia sus mejillas; se paseaba con precipitacion rompiendo por todos lados lo que tenia á la mano.

—¡Teniente! gritó volviéndose á Alberto; ¿qué quiere decir esto?... ¿No se encuentra ya á ese jóven?

Los soldados que volvieron declararon no haberle visto en su prision.

—¡Ah!... ¡el pájaro ha volado!... dijo mirando á Alberto de una manera espantosa. ¡Oh! bien, el pajarero le reemplazará. Tú has dejado escapar al prisionero. ¡Confíesat; confíesalo!

—Capitan, yo me he obligado á servir bajo vuestro mando, no como esclavo, sino como soldado. Soy caballero y no me conviene ser tratado así...

—Tú no respondes á mi pregunta, replicó el baron echando espumarajo de rabia, ¡mi prisionero!

—¡Aquí está! exclamó Juan, que entraba sin aliento.

Alberto se quedó helado, y el baron un poco desorientado, no habiendo ya un motivo para su reprimenda al teniente.

—¡Verdugo! dijo, los hierros están hechos ascuas.

Un rumor se oyó entre los soldados.

—¿Qué significa eso? preguntó el baron; si descubro la lengua que ha murmurado la trataré como á la que ha mentido.

—Desgraciado! ¿qué has hecho? dijo Alberto pasando al lado de su hermano.

—Lo que me prescribía el honor, hermano.

—Verdugo, dijo el capitán viendo entrar al ejecutor, te entrego ese mozalvete, para...

—¡A las armas! ¡a las armas! gritaron por todas partes fuera de aquel local.

Hombres armados entraron en la sala. El duque de Alba se aprovechaba de la noche para dar un asalto.

III.

Los preparativos de defensa no permitieron al barón de Adrets continuar su obra de venganza.

—Que el doncel sea conducido de nuevo a la prisión, dijo con prontitud, y que ahora se le cargue de cadenas. Larchaux, añadió, dirigiéndose al soldado, te he visto poco ha entre los descontentos, para castigarte te privo de combatir a nuestro lado esta noche, guardarás el prisionero sin separarte de su lado.

Juan fué cargado de cadenas y conducido por el soldado, que rápidamente miró a su teniente. Esta mirada significaba mucho. Y en efecto, si el barón hubiese conocido el parentesco de Juan de Guzman con su teniente, toda esperanza de evitarle el suplicio se perdía.

Pronto se oyeron las descargas: el barón, guerrero hábil, puso en juego todo su valor para defender la plaza. Alberto, intrépido y lleno de sangre fría, peleó a su lado como hombre que no teme la muerte, y las tropas del duque de Alba fueron rechazadas.

Durante el momento de desorden que produjo el combate, el capitán se aproximó a Alberto y le dió la mano.

—Alberto de Guzman, le dijo, has peleado como un valiente luterano, he hecho mal en sospechar de tí. Quiero reparar mi falta encargándote una comisión difícil y peligrosa; se trata de atravesar por el campamento del duque de Alba para llevar a Lieja un pliego. ¿Puedo contar contigo?

—Sí, capitán, algunos minutos para prepararme, y parto.

—¡Muy bien! Ve, pues, a ponerte en estado de partir. Voy a preparar el pliego.

Alberto se separó, pero en lugar de ir a su cuarto corrió apresuradamente a la prisión. Juan estaba pálido, no por temor de morir, sino por el sentimiento de no haber podido abrazar a su madre antes del momento fatal.

—Quítale esos hierros, dijo Alberto a Larchaux.

El soldado obedeció.

—¡Y ahora hermano, es preciso que te marches!... ¡es necesario huir ó perecer!...

—No me voy, Alberto, replicó Juan de Guzman con calma.

—¿Quieres, pues, morir, desgraciado joven?

—Mas quiero mi muerte que la tuya.

—¿Cómo?

—Este soldado me lo ha contado todo; ¡la ira del tigre había descargado sobre tí, pobre hermano! Y hoy no quiero partir, porque comprendo tu generoso sacrificio.

—Juan, te han engañado acerca del riesgo que yo corria... Piensa en el pesar de nuestra madre.

—¡Oh! ¡no pronuncies esa palabra, Alberto! ¡Esta memoria de mi madre es la única que es capaz de impedirme morir dignamente!

Juan estaba visiblemente conmovido y con los ojos llenos de lágrimas.

—Tú la dirás, porque ella te perdonará, Alberto, cuando sepa todo lo que has hecho por mí; la dirás que he muer-

to.... sobre el campo de batalla.... ¡Mas te lo ruego, no la hables del verdugo! añadió estremeciéndose.

—¡No! ¡no! tú partirás al punto.... ¡yo lo quiero!

—Yo permaneceré....

—¡Oh! te comprendo, exclamó, quieres que tenga que reprenderte tu muerte....

—¡Oh! ¡hermano mío, no hables así!....

—Pero primero la muerte.... Tomad, señor, tomad este puñal y matadme si queréis morir.... porque yo no he de sobrevivir a vuestra pérdida y no quiero ser vuestro asesino.

Sacó un puñal de su cinto y lo presentó a su hermano.

Este le tomó, y arrojándole lejos:

—¡Alberto, mi buen hermano.... por piedad.... sé generoso!.... ¡no me trates así!... ¡no me propongas una villanía!.... ¡mi salvación a costa de tu muerte!....

—¡Nada escucho!.... ¿quieres partir?

—No dejaré esta prisión sino para ir al suplicio.

—Quedaos, pues, con Dios, señor.... ¡con esa terquedad me enseñáis lo que me queda que hacer!

Y salió friamente como un hombre muy ofendido.

—¡Hermano! exclamó Juan sin poder retener su llanto.

—¡Oh! ¡yo lo salvaré! ¡yo lo salvaré! dijo para sí Alberto, volviendo a la presencia del barón de Adrets; ¿pero cómo?... Declarar al barón que es mi hermano.... es apresurar su muerte, porque el capitán tendrá por una fortuna hallar una ocasión para probar que los vínculos de la sangre no son nada para él cuando se trata de religión....

El teniente recibió de la mano de su capitán el pliego, y después de algunas instrucciones verbales salió de la ciudad.

Apenas hacía dos horas que Alberto había marchado, cuando el barón, que había tomado algún descanso, despertó. Su primer pensamiento fué el prisionero: dió orden que lo trajesen y que el ejecutor estuviese preparado para cumplir con su oficio en la gran plaza.

Juan fué conducido ante el cruel comandante.

—Ya ves, embustero maldito, exclamó Adrets cuando le vió; por tí nos hubieran arrebatado esta ciudad.

—Así lo esperaba, respondió Juan con calma.

—¡Luego con esta intención te dejaste coger, traidor!

—¡Sí!

—Esa es tu sentencia de muerte.

—Lo sé.... Date, pues, prisa a ordenar el suplicio. Mas teme la venganza de Dios.

—La mía está mas próxima, dijo Adrets nuevamente encolerizado con esta amenaza; iba a dar orden de que llevasen al desgraciado joven, cuando vinieron a anunciarle que se había presentado un parlamentario ante las murallas de la ciudad.

—¿Qué nos pide todavía? Que entre.... mas esto no te salvará, dijo a Juan....

—¡Gracias! respondió Juan con arrogancia, porque empezaba a serme odiosa tu presencia.

A una señal se llevaron a Juan é introdujeron al parlamentario.

—¿Qué os trae, señor? preguntó Adrets irritado.

—Vengo a reclamar un prisionero que teneis en vuestras manos....

—¡No es ya tiempo!

—Entonces me retiro, señor de Adrets, y voy a disponer el suplicio de Alberto de Guzman vuestro teniente.

—¿Qué decis? exclamó admirado el baron.

—Digo que esta noche despues del asalto se ha cogido á vuestro teniente; que no se le ha hecho ninguna violencia, y que os propongo cangear su vida con la de Juan de Guzman.

—Juan de Guzman, repitió el baron; ¡su hermano!... El traidor se ha dejado coger para salvarle... ¡Lo abandono!

—Está bien. Voy á disponer que se le registre, porque sabemos que lleva un mensaje importante. Mientras hemos tenido esperanza del cange, el duque de Alba ha ordenado que vuestro teniente fuese respetado.

—¡Deteneos! dijo Adrets despues de haber reflexionado un poco, consiento en el cange.

Llamó en voz alta y se presentó un soldado.

—Lleva esta orden al ejecutor y dile que suelte su presa... pero que se tranquilice, pues tendrá hoy otra y siempre será la misma sangre la que derrame.

El ejecutor acababa de apoderarse de Juan cuando llegó el mandato; pero todos recibieron la noticia con placer, porque el valor de Juan le habia grangeado numerosos admiradores.

El prisionero fué entregado al parlamentario, y un señor protestante le acompañó para traer á Alberto que debia encontrarse á la mitad del camino del campamento y de la ciudad.

El encuentro fué alegre. Alberto estaba lleno de satisfacción.

Juan habia sabido por el oficial católico la conducta de su hermano, que se habia dejado coger por el duque de Alba, para salvarlo: se arrojó á su cuello, y

—Hermano, le dijo... te debo la vida... ¿No te volveré á ver?

—Me volverás á ver en casa de mi madre, Juan, porque me retiro del servicio de este carnicero, sin abandonar por eso mi religion.

—Cuidado, dijo el oficial á Alberto que llamó aparte para que no lo oyese el luterano que le acompañaba, quiere quitarnos la vida: no os presentéis allí.

—Me presentaré, replicó Alberto; iré á devolverle su mensaje.

Los dos hermanos se citaron para dentro de ocho dias en el castillo á las inmediaciones de Gante.

Cuando Alberto volvió á la plaza encontró al baron en la muralla.

—Que cierren las puertas, exclamó éste; señor de Guzman, añadió, ¿venís á darme cuenta de mi mensaje?

—Si, capitau, respondió el teniente con firmeza; vengo á deciros que rehuso llevarle, y que estoy cansado de servir á las órdenes de un verdugo.

—Está bien! dijo Adrets sin poderse contener; sin embargo, os juro que aun hoy tendreis que hacer con el verdugo.

¡Que lo prendan! pero ninguno se movió; Alberto era amado de sus soldados. Pues qué, ¿no hay nadie que me obedezca?

—Nadie, ya lo veis, respondió Alberto con calma.

En este momento trajeron todas las llaves de las puertas al capitán.

—¡Bien! dijo este sonriéndose, ahora no te escapas, Alberto de Guzman, y si no se presenta ningun soldado para

prenderte tendré tiempo para encontrar quien lo haga, porque todas las puertas están cerradas.

—Menos esta, exclamó Larchaux, llevando á su teniente á una de las poternas que habia quedado abierta por su prevision.

Adrets se entregó á una cólera impotente, dispuso hacer fuego sobre los fugitivos y sonaron algunos tiros; mas los soldados dispararon sin hacer puntería.

Alberto y Juan fueron exactos en acudir á la cita cerca de su madre. La pobre muger perdonó lo que ella

llamaba el error de su hijo mayor, y prometió no hablarle jamás de religion.

—Te debo la vida, hermano, repetia Juan sin cesar, ¿cuando, pues, podré pagar estas deudas?

Algunos años despues se presentó la ocasion. La madre de los Guzmanes murió, y su hijo Juan entró en el convento de Santo Domingo de Bruselas. Fué uno de los miembros del tribunal de la Inquisicion, que tan activamente persiguió á los luteranos en los Países Bajos. Presos varios protestantes, lo fué entre ellos Alberto de Guzman, y su hermano, no solo con su influencia le salvó la vida, sino que con su ejemplo y persuasion le tornó al sendero de la religion verdadera de que se habia apartado.

Ved como el cielo recompensa siempre el ser buenos hijos y buenos hermanos.

EL CONDE DE FABRAQUER.

